

para llevarla a cabo. He revisado la Ley de Presupuestos durante esos 12 años y la cantidad consagrada a esa obra era ya entonces una fortuna. Hoy constituye al cambio actual, una cifra sideral. Los hombres más inteligentes y preparados de la Universidad tuvieron a su cargo la edición. Miguel Luis Amunátegui, su discípulo predilecto, escribió innumerables páginas de prólogos atestados de noticias e indicaciones útiles, y antes había trazado la vida del caraqueño en un libro que es fundamental y que lo seguirá siendo siempre que la escoria no cubra los brillantes. Gregorio Víctor Amunátegui al fallecer su hermano Miguel Luis siguió compilando papeles y ordenándolos, y una vez que su ánimo se rindió, Miguel Luis Amunátegui Reyes, hijo de éste y sobrino de aquél, con una devoción religiosa, con una paciencia de santo, con una consagración verdaderamente superior, continuó descifrando la letra de Bello hasta prácticamente perder la vista. Así, ciego, distribuía el material de los tomos, que faltaban por editarse y así ciego también por su amor a Bello, dictaba los prólogos de los dos últimos tomos.

La edición de las Obras Completas de Bello hecha en Chile ha aportado a la edición venezolana el cuerpo fundamental para ésta.

En el año 1948, que he recordado, Grases fué designado Secretario de la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello que imprime el Gobierno Venezolano. En este cargo Grases se ha conducido en forma ejemplar. Ha puesto al servicio de esta empresa una energía verdaderamente colosal. Por el estudio que le ha demandado la lectura de textos anotados por Bello y que se creían no incorporados en la edición Chilena, por las pesquisas de la información bibliográfica, por la determinación de escritos dudosos, por la revisión del material de las Obras Completas de la edición chilena, Grases ha demostrado tener la constancia inflexible de su raza catalana para el trabajo, la energía creadora de la voluntad de los hombres del Mediterráneo, voluntad y energía agraciadas con la fe del valor de una tarea civilizadora y con la livianura de una inteligencia ágil y cordial, comprensiva y estimulante.

Chile ha sido para la Comisión Editora de las Obras Completas la ciudad de la Meca. En viajes de estudio "bellistas" palabra que Grases incorporó a la Academia de la Lengua, tres veces nos ha visitado el nuevo académico. Le estamos agradecido de su empeño de hacer de esa edición venezolana otro monumento de la cultura americana, porque si Bello resplandece por sí solo, el nombre de Chile sale de esos libros como la verdadera Atenas del continente. Eso es lo que nos une con nuestro colega.

¡He dicho!

DISCURSO DE INCORPORACION DE DON PEDRO GRASES.

Debo mi presencia en este acto a un gesto puro de amistad generosa, única responsable de la investidura que recibo de Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Educación de esta ilustre Universidad de Chile. Para mi conducta ha sido siempre norma indeclinable recordar el *Yo sé quien soy* del Quijote, y por ello comprendo y digo que es la espléndidez de alma de algunos compañeros, —amigos entrañables—, a la que hay que abonar el honor que se me confiere. Lo acepto, porque me obliga más a perseverar en el propósito que me he trazado como aspiración de mi vida: trabajar por la cultura mientras tenga aliento y me quede entusiasmo.

Además, la distinción que se me hace ocurre en el lugar que más podía comprometerme: en la Casa de Bello, donde el humanista a que he consagrado mis mayores desvelos vivió y aconsejó la ordenación de la enseñanza en Chile, y desde Chile a todo el mundo hispanohablante. Así, la amistad, el lugar, y el simbólico padrino de Bello se conjugan para constituir una invocación demasiado tentadora para que pueda rehuir la aceptación de Miembro Honorario en esta Universidad, aunque no sepa hallar en mí mismo razón bastante para justificarla.

Y ya que las circunstancias me incitan a hablar en primera persona, quiero recordar que no es la primera vez que hablo en este recinto. Hace dieciséis años, casi día por día, ocupaba la tribuna de la Sala de Honor para glosar los nombres

más notorios de las letras venezolanas contemporáneas y las corrientes literarias predominantes. Por ahí habrá algún testigo que me guardará de mentir. Era mi primera vista a Chile, impulsado exclusivamente por el afán de recorrer y estudiar América y su gente, después de haber dado un par de cursos en Caracas. En mi condición de aprendiz vine a Santiago, encandilado todavía por la visión de Caracas, Cartagena de Indias, Panamá, Lima y lo que había visto de Chile, y me atreví a explicar mis impresiones acerca de las letras venezolanas. Tengo muy presente mis temores al enfrentarme ante un público desconocido y por mi osadía al desarrollar un tema al que sólo me había asomado en tan breve intervalo. Pues bien; si alguien me hubiese anunciado que a los pocos años tenía que ser protagonista de un acto como el de hoy, habría considerado el aviso como algo increíblemente maravilloso, que no merecía crédito alguno.

Y si ha acontecido el suceso fabuloso e inesperado, quisiera intentar ahora explicarme el porqué.

A mi juicio la causa mayor está en algo estupendo que sin darnos cuenta estamos viviendo cuantos servimos las preocupaciones espirituales del Continente. Existe efectivamente una fraternidad americana en el campo de la cultura. Los hombres de letras están de hecho hermanados entre los países, por encima de fronteras y divisiones políticas. Ello hace que las labores intelectuales susciten y promuevan una estimación equivalente en todas las repúblicas de América, véngase de donde se viniere, siempre que se trabaje con el corazón en la mano y con altura de miras. Es justo que proclame sin recelo ni reservas esta verdad, que, por otra parte, en mi caso es más resaltante por cuanto que no soy más que un incorporado a una de dichas repúblicas, y sería muy fácil no permitirme la entrada en esta comunidad del espíritu, si no fuese tan francamente compartida por todos. Esta es la razón que explica que me sienta naturalmente compañero de cada uno de vosotros y viva las mismas inquietudes y satisfacciones que tienen el carácter entrañable de pertenecer a un patrimonio común.

Es sin duda una situación excepcional de la vida superior de las naciones ameri-

canas, de la que no conozco paralelo alguno en los otros continentes. En mi experiencia puedo afirmar que desde Estados Unidos hasta Chile he encontrado siempre la recepción cordial, la mano amiga y la comprensión más completa. De ahí que el titubeo y las vacilaciones de hace dieciséis años, hayan sido sustituidas por la alegría que se siente cuando se está entre los propios. Este fondo de hermandad interamericana es la causa última de la generosidad amistosa a que me he referido en mis primeras palabras.

Formulo los más fervientes votos para que no se perturbe ni destruya esta altísima convivencia, que ha de ser sumamente fecunda en la vida intelectual de América.

*
* *

Es una verdad aceptada por todos que la Independencia política de Hispanoamérica se hizo sin limitaciones nacionales. En Chile, por ejemplo, han ocupado desde el primer momentos cargos notabilísimos hombres como Juan Egaña, Irisarri, Rivas Galindo, Mora, García del Río, Pintado y Bello, entre tantos más, con cuyos nombres se ha hecho un diccionario voluminoso de colaboradores nacidos en otros suelos. En el rescoldo de este amor sin limitaciones encuentro la razón concreta de esta aclaración que intento hacer.

Andrés Bello dió en Chile, desde 1829 hasta 1865, la casi totalidad de su obra impresa. Es obvio que en la intimidad de cada chileno hay un devoto de Bello, aparte de las públicas demostraciones que se le han hecho desde su muerte hasta hoy. Si algo he hecho yo es sumarme a lo que es tradición en Chile y en Venezuela. En mi deseo de ser útil a las letras americanas me he metido, para mi goce y deleite, en el estudio de Bello. Empecé a publicar un primer trabajo en 1941 y sigo arrimando el hombro a los temas bellistas que lógicamente han de dar mucho que hacer a sucesivas generaciones. Las investigaciones biográficas y bibliográficas, y los trabajos suscitados por la producción de Bello no se agotan en unas décadas. Al contrario; se multiplican a medida que va aumentando el conocimiento de su figura, en su sentido integral, al ser proyectada su obra so-

bre la vida de una civilización en proceso de desarrollo.

No vacilo en afirmar que dentro de un siglo la interpretación de Bello se habrá enriquecido en nuevas facetas que ahora se nos escapan a nosotros, del mismo modo que vemos actualmente algunos aspectos que no fueron vislumbrados por sus coetáneos. Mi colaboración se reduce a la identificación de algunos textos, al esclarecimiento de algunos puntos biográficos y de relación cultural, y a unos intentos de explicación del valor de Bello como pieza esencial de la civilización hispanoamericana. Luego, se me ha honrado con la secretaría de la Comisión Editora de las Obras Completas, que es el monumento que Venezuela está erigiendo a su hijo preclaro, y este trabajo me ha llevado a incrementar el trato y la amistad con la intelectualidad chilena que prosigue admirablemente la investigación bellista encabezada por los Amunátegui, los Barros Arana y la pléyade de discípulos reconocidos a la enseñanza del Maestro.

En mi dedicación a Bello está la causa concreta de la distinción que hoy recibo y que agradezco vivamente.

*
* *

Tengo el absoluto convencimiento de que el magisterio de Bello, mantiene poderosamente la fuerza efectiva de la buena enseñanza. No tan sólo por lo que tienen de actual su pensamiento filosófico, sus ideas gramaticales, su doctrina internacionalista, su inspiración poética, o sus ideas de universitario, sino por la actitud que tomó frente a las tareas de cultura en un momento histórico determinado, que a mi parecer no ha variado en su más íntima esencia. Estamos a noventa años de la muerte de Bello, y aunque se haya avanzado en técnica y en conocimientos concretos, entiendo que no hay otra postura eficaz en el campo de la obra espiritual que la que nos muestra Bello, con su ejemplo eminente. Y con él tantos nombres ilustres de la vida americana que son honra de cada República y que coinciden en su ideario fundamental.

La preparación sólida en el humanismo y en los conocimientos más modernos; la dedicación incansable al escudriñamiento

de la verdad meditada; la constancia en el ejercicio de la enseñanza; la amplitud comprensiva de las varias disciplinas; la creación de obra estética al lado de los análisis rigurosos; el sentido de realidad en la investigación y la educación; la discreta ponderación de sus opiniones; el pensamiento constante de servir a sus contemporáneos; el ideal de civilización americana, con profundo carácter humano; el desprendimiento en el consejo y la orientación de sus discípulos; la tenacidad en cada trabajo hasta la última conclusión; y la forma de transmisión del saber, todo ello está presente en la personalidad de Andrés Bello, y si bien hay que renunciar a la amplitud poligráfica posible en un genio de su tiempo, no puede desdeñarse ninguno de los rasgos de su figura, si no queremos descender al superficial conocimiento, o a la preparación profesional tan peligrosamente parcializada en nuestros días.

Debo confesar que la pasión que siento por los temas bellistas estriba precisamente en que creo ver en la postura de Bello, en la razón vital de su obra, el camino, el consejo insoslayable para echar adelante en la creación cultural contemporánea y futura. Debemos impregnar nuestras empresas con el cálido sentido humano y la preparación cabal que nos enseña Bello, si deseamos evitar los escollos de la educación contemporánea, seriamente amenazada de esterilidad. Naturalmente, hay que pensar en las inquietudes de nuestra época, pero en lo fundamental, en lo entrañable, no podemos prescindir de las leyes de humana sabiduría y de comportamiento, que nos ha legado quien fué Rector eminente de esta Casa. El mayor o menor conocimiento es un simple accidente. Lo que a mi entender es condición inexcusable es que el saber tenga el hálito profundo del ser humano y la correlación de ciencia que se halla en Andrés Bello.

*
* *

Réstame sólo reiterar mi gratitud por el honor conferido, y con mi más sincero reconocimiento va la formal promesa de continuar en mis empeños en pro de las obras de cultura. Es todo cuanto puedo ofrecer al entrar a pertenecer a esta Casa de Bello.